



Caídos del cielo

SERIE *joven*

Primera edición,
Noviembre 2011

Copyright © Lucía González Lavado
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS
EPICOS**
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11
Portal 4, 3ºB, 29190
Puerto de la Torre, Málaga
Tlf: 951 93 11 34
info@mundosepicos.es
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-28-5
Ilustración de cubierta: LAURA GARIJO
Diseño gráfico y maquetación: SILVIA POU

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,
ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,
por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://caidosdelcielo.mundosepicos.es>



Caídos del cielo



LUCÍA GONZÁLEZ LAVADO







A Yue, mi compañero de escritura, ya sea día o noche.
Y a Minos, con quien siempre encuentro paz e inspiración.



Proverbio Celestial

Barrotes me paralizan, paredes me impiden ver más allá y grilletes inmovilizan mis alas. Pero ningún arma o ninguna cadena podrán apresar la libertad que reina en mi mente, con la que seré libre de por vida y viajaré adonde quiera. No hay nada más fuerte que la imaginación y nada ni nadie podrá privármela. Con ella puedo hacer cuanto desee y lograr lo que más anhelo, incluso mi libertad.

Orion, joven ángel apresado.





Año 2705 D.C.

Naturaleza contaminada, energías extraídas de la tierra, hectáreas quemadas donde nada podría crecer ni aunque la mano de alguna divinidad las tocara. Guerras, hambruna, enfermedad... La Tierra, un planeta lleno de vida —contemplado por los alados desde el comienzo de sus días—, ahora no es más que un mundo al que le han extraído todo atisbo de vida.

Los ángeles —observadores desde el nacimiento de la humanidad— tomaron una decisión. Puede que se equivocaran, puede que lamentaran su sentencia; pero debían subsanar el daño causado, sin importar las vidas que estuvieran en juego.

Y así, de repente, empezó el fin de la Tierra. Los ángeles bajaron del cielo dotados con extraños poderes y comenzaron a reparar los deterioros causados por el hombre.

Muchos pusieron resistencia a lo que llamaron *Guerra Santa*. Humanos contra ángeles, algo que nunca hubiesen pensado que pudiera ocurrir. Y a pesar de los avances tecnológicos, de las ocasiones en que lograron herir a sus enemigos alados, nada podía con ellos. Allí donde sus plumas caían o en los lugares que sobrevolaban, siempre quedaba un haz de luz: la única arma que utilizaban.

El albor afectaba a algunos, desintegrándolos. Mientras que a otros, no. Esas personas empezaron a llamarse 'los tocados por los ángeles', aquellos destinados a una segunda oportunidad. Éstos, siguiendo los deseos de las divinidades, continuaron con la nueva vida que habían elegido para ellos.



Caídos del cielo

La guerra —la purificación según los ángeles— continuó. Energías fundamentales para el hombre desaparecieron. Luz, calefacción, electricidad, todo fue eliminado.

El fin de los días prosiguió. La Tierra fue avasallada por los caídos del cielo, pero el ser humano resultaba rencoroso. No aprendía de sus errores. Y aquellos que habían conseguido escapar de los haces de luz, deliberaban. No sólo tenían que salvar sus vidas, sino también acabar con la amenaza que invadía sus cielos.



Los ángeles gobernaban cielo y tierra desde hacía seis meses y esa mañana aparentaba ser un día más. Un grupo de alados surcaba los cielos, vigilantes de que sus normas fueran ejecutadas sin excepción.

Al conjunto se les había sumado un joven que agitaba sus alas emocionado. Era la primera vez que abandonaba su hogar; su entusiasmo lo volvía imprudente y muchos de sus compañeros le advirtieron, incluso su padre. Sin embargo, Orion era joven e impulsivo. Y cuando sus compañeros le dejaban atrás, se permitía hacer piruetas en el aire o subir muy rápido para después descender. A pesar de sus negligencias, dejaron que se divirtiera. Al fin y al cabo, el peligro había pasado, la gran batalla concluyó tiempo atrás. Ahora sólo hacían inspecciones antes de volver a casa. Eufóricos por tal idea, se dejaron contagiar por la efusividad del joven de cabellos níveos y ojos ambarinos.

Observar al grupo hacer piruetas, volar con toda calma, resultaba bello y pacificador. No representaba a esos seres que meses atrás temieron, en especial su luz o incluso sus plumas: el más mínimo roce era capaz de exterminar a cualquiera.

De repente, el padre de Orion se detuvo. No muy lejos de ellos la naturaleza se agitaba de manera brusca, como si quisiera advertirles de un gran peligro.

Sin embargo, era demasiado tarde. De lo más profundo del bosque emergieron rocas acopladas a redes, hondas, arpones y diferentes armas. El lugar fue impregnado por haces de luz, pero éstos no resultaron efectivos y los ataques se incrementaron provocando la caída de muchos.

Orion evitó una red y la segunda fue cortada en dos por su compañero, pero éste no sorteó un arpón que atravesó su ala derecha. El

muchacho descendió veloz. Orion acudió en su ayuda a pesar de que cargar con él le restaba agilidad. Los ataques no cesaban y no evitó el proyectil de una honda. El objeto le golpeó en la cabeza con tanta intensidad que se precipitó al vacío.

—¡Orion! —gritó su padre.

El grupo voló a tierra donde encontraron un rastro en la entrada del bosque. La espesura era intensa; una bóveda de naturaleza crecía por encima de sus cabezas, impidiendo que los rayos del sol se filtraran con claridad. Sin embargo, nada aplacaba sus esfuerzos por encontrar a los suyos, pero sus ánimos se desvanecieron al perder el rastro.

—¡Orion, Isaac! —gritó Oen, padre del ángel—. ¿Dónde estáis? Por favor, responded.

Aguardaron en silencio, dispuestos a utilizar su luz para acabar con cualquier amenaza. Y a pesar de que gritaron los nombres de los alados en más ocasiones, no recibieron respuesta. Al volver a guardar silencio escucharon lamentos.

Cuando alzaron la vista encontraron a Orion inmovilizado en un árbol. Una mordaza le impedía hablar y sus alas estaban rotas. En cambio, Isaac no mostraba signos de vida.

Aprovechando el momento de incertidumbre, los desconocidos lanzaron redes sobre ellos. Los humanos —protegidos por trajes plateados y máscaras— descargaron su frustración e ira contra los ángeles.

Las divinidades empezaron a defenderse, pero su luz no traspasaba la vestimenta tan especial y el espacio era tan reducido que sus alas les molestaban. La bóveda de naturaleza era muy frondosa y resultó ser una trampa mortal. En el llano reinaron los gritos, lamentos, sangre y la risa de aquellos que salieron victoriosos.

Orion, desde su encierro, contempló a su padre agonizante. Aun en su último aliento de vida intentó acabar con sus enemigos; hacer brillar sus alas con la esperanza de que los haces de luz penetraran en los trajes, pero uno de ellos se ocupó de que no fuera así. Llevaba consigo un arma de fuego, que no dudó en utilizar.

El lamento de Orion quedó apagado por la mordaza.

—¿Qué hacemos con el ángel? —preguntó un hombre al detenerse frente a él. Con un largo bastón tocó el mentón de Orion, obligándole a levantar la cabeza—. Con sus alas rotas no es una gran amenaza, no puede producir la luz, pero sin duda se regenerará pronto. Entonces

Caídos del cielo

sí deberemos temerlo. Sabemos que su centro de poder, aquello que acaba con nosotros, está en sus alas.

—¡Nos lo quedamos! —respondió el líder—. ¿Acaso piensas que lo sucedido hace un instante es una victoria? —preguntó, aunque no permitió respuesta—. Volverán y pronto. Sólo hemos acabado con un pequeño grupo; muchos regresarán para su rescate y los esperaremos. Además —añadió quitándose la máscara, dejando al descubierto unos rasgos jóvenes y un cabello dorado que enmarcaba unas facciones duras y prominentes—, mi intención es estudiarlo, conocer cómo funciona su cuerpo, analizar la energía que ha acabado con muchos de nosotros; crear una proteína en nuestros cuerpos capaz de contraatacar al virus que emiten y que nos desintegra —añadió desviando la mirada hacia Orion—. Hace meses tú y los tuyos acabasteis con todo cuanto me importaba. Nos privasteis de todo aquello por lo que trabajamos años. Pero eso no volverá a pasar, ¡estaremos listos para vuestro regreso! Entonces seremos nosotros los que cantaremos victoria. ¡Lleváoslo!

Orion derramó lágrimas silenciosas por su padre, por los suyos y su destino. No se rindió, forcejeó con aquella escoria que debería haber muerto, pero lo único que recibió fue un duro castigo y un trato peor.



El tiempo trascurrió, las estaciones pasaron y los ángeles no volvieron. Después de seis meses sanando las heridas de la Tierra y tras el ataque al grupo de Orion, se marcharon con su misión inacabada.

Fue una decisión dura dejar atrás a Orion, pero ellos no habían bajado de los cielos para mancharse las manos de sangre. Sólo querían purificar y ahora la decisión sobre qué hacer con la humanidad recaía en otras manos.

Los años pasaron. Durante dos décadas Orion pasó de unas manos a otras, siendo siempre prisionero. Angustiado, sentía cómo sus alas, al estar expuestas a experimentos, se marchitaban como hojas a la entrada del otoño. En alguna ocasión intentó utilizar el escaso poder que su cuerpo acumulaba, sin lograrlo. E incluso intentaron auxiliarlo —criaturas de cuento revividas por los ángeles—, pero todo salvamento resultó fallido.

Esa noche, como todas desde que fuera prisionero, miraba el firmamento gobernado por una luna llena, pero un destello le sobresaltó. Ante él apareció Lior, un joven ángel. Sus alas eran poderosas, enormes, y sus cabellos platinos caían hasta su nuca. Lucía galas blancas, o debieron de serlo algún día. Ahora mostraban desgarros e incluso manchas de barro.

«¿Qué le ha pasado?», se preguntó Orion. Aunque sin duda lo que más destacaba era la joya que cubría su frente. Un cristal en forma de lágrima y dentro de éste un grabado de media luna acompañado de estrellas.

La mirada de Lior era penetrante, también tranquilizadora. Al igual que Orion, compartían el mismo color de ojos. Aunque los suyos expresaban vida, no como los del preso, apagados y faltos de esperanza.

—¡Lior, bendito seas! Por favor, libérame antes de que tu luz se agote y ellos la atrapen. Antes de que experimenten contigo y consuman tu vida como lo están haciendo conmigo... —tartamudeó—. Estas personas son fuertes e inteligentes. Pueden acabar con nosotros si así lo desean. No quiero que veas lo que han hecho conmigo, las pruebas que han realizado y lo que nuestra magia, nuestra naturaleza, ha provocado en muchos de ellos... ¡Son verdaderos monstruos!

—Tranquilízate —le dijo con voz armoniosa—. No debes preocuparte por mí, no saben que estoy aquí. Los he dormido gracias a mi poder.

Tales palabras tranquilizaron a Orion. Lior, al igual que él, era un ángel menor, pero un ángel telepático. Gozaba del don de hacer dormir, un poder poco frecuente entre los suyos; además leía los pensamientos de quien quisiera.

—Orion, si me encuentro aquí es por un motivo muy distinto del que piensas. Lo siento, no puedo liberarte.

—¡No puedes venir y abandonarme! ¿Por qué me hacéis esto? ¿En qué os he fallado? Yo... siento si fui imprudente, que debido a mi impetuosidad se cometiera la masacre del claro. Pero por favor, libérame y enmendaré mis errores, ¡te lo juro!

—No nos has fallado en nada. No cometiste ningún error. Os tendieron una emboscada y tú, por proteger la vida de un amigo, caíste preso. Nadie te culpa por ello.

—¿Qué haces aquí? ¿Para qué has venido?

Caídos del cielo

Lior tomó asiento frente a su amigo.

—Desde tu encierro llevamos deliberando la forma de actuar, el próximo paso a seguir y la posibilidad de volver a bajar o no.

—¿Pensáis en otra purificación? ¡Han pasado veinte años! Si de verdad os preocupa mi bienestar romperías estas cadenas y me harías libre... No sé en qué estaréis pensando, pero una decisión así no os puede llevar tiempo. Si no recuerdas mal, yo fui partícipe del concilio que se llevó a cabo tiempo atrás. Fuimos muy rápidos al tomar la decisión, ¿qué aguardáis?

El ángel tardó en responder.

—Recuerdo que te encontrabas en el concilio, a mi derecha para ser exactos, pero esta vez no hablamos de purificación, sino de aniquilación.

Al escuchar tal verdad, Orion empalideció. Aniquilación. ¿Había escuchado bien? ¿Acaso pensaban borrar todo atisbo de vida? ¿Privar a ese planeta de existencia inteligente? No habría sido la primera vez que lo hicieran. La vida de otros planetas había sido borrada por su mano, pero la Tierra... Siempre pensaron en sus habitantes de manera distinta.

—Sé lo que estás pensando —continuó Lior—, y no has escuchado mal. Allí arriba las cosas están muy caldeadas. Unos quieren llevar a cabo la aniquilación, otros la purificación, pero si te soy sincero, la balanza se inclina más hacia la primera opción.

»Orion, nadie sabe que he bajado, desobedeciendo así a nuestros señores. No estoy de acuerdo con nuestros compañeros; deseo que antes de tomar cualquier decisión le brindemos una última oportunidad a la humanidad y tú tienes un cometido muy importante en esta misión —añadió en tono serio—. Orion, somos seres pacíficos y hace veinte años se practicó una purificación. Nuestras manos no se mancharon de sangre, únicamente utilizamos el poder de la luz, de nuestra luz interior, para acabar con aquellas personas que no merecían vivir. En cambio, ahora, si la humanidad desata nuestra furia, volveremos a descender de los cielos y nos veremos en la obligación de hacer uso de la violencia. Aunque algunos mueran al contacto con nuestra luz, otros no lo harán y tendremos que usar las armas para matarlos. Y créeme, los de arriba están muy furiosos, el descenso de los nuestros no está lejos —murmuró—. He venido a espaldas de los demás porque tengo

un plan. Quiero que ambos trabajemos en él, pues a pesar de cuanto he hablado, no me han escuchado.

—No entiendo tu preocupación. ¡Qué importa si los aniquilan a todos! Quizá se lo merezcan, ¿no te parece?

Lior lanzó un amargo suspiro.

—Eres demasiado joven, ni siquiera habías nacido cuando se practicó la aniquilación en Marte.

Orion lo miró como si en lugar de estar hablando con su mejor amigo, lo hiciera con un desequilibrado.

—¡No me mires así! Ese planeta, allá donde lo ves, tuvo vida, la misma que éste. Incluso quedó rastro después de nuestra masacre: restos de esculturas, oxígeno, agua y mucho más, pero debido al daño que hicieron, los aniquilamos a todos, ¡todos! —exclamó recalcando sus palabras—. Conoces en qué se ha convertido Marte, ¡un desierto! No hay nada, pero no voy a darte los detalles de esa guerra —confesó e hizo una pausa—. Yo no participé en la aniquilación, por entonces era muy joven pero sí lo hicieron muchos de mis familiares. ¿Sabes qué pasó después?

—Se coronaron y ahora son grandes señores, aquellos que tienen que decidir si merezco ser salvado o no.

—¡No! —respondió con rotundidad—. Su destino fue mucho peor que la muerte. Orion, somos ángeles. Tenemos prohibido el uso de la violencia, mancharnos las manos de sangre. Si eso ocurre, si matamos a alguien en lugar de que nuestra luz elija exterminarlo, será el fin de nuestra naturaleza, de lo que somos en realidad. ¡Ya no seríamos ángeles!

Orion abrió los ojos, asustado. En verdad era muy joven, demasiado, ya que desconocía por completo algo tan importante sobre ellos.

—Están decididos a volver a hacerlo —prosiguió Lior—. No quiero convertirme en algo que no soy y detesto, y he pensado en ti para llevar a cabo un plan, para que nuestros compañeros vean que esta gente, quizá no todos, pero sí algunos, merecen una segunda oportunidad y por lo tanto también nuestras vidas.

Lior se inclinó hacia él.

—Comprendo tu temor y espero que entiendas el motivo por el que llevan tanto tiempo deliberando. Ellos no te han olvidado, piensan en ti siempre, pero también comprenden el miedo de la gran mayoría que

Caídos del cielo

se opone. Si se produce una nueva guerra perderíamos nuestras alas, las puertas del Reino de los Cielos se nos cerrarían y se nos abrirían unas que nunca querríamos pisar.

Orion, que hasta el momento había estado expectante e inclinado hacia Lior, se dejó caer hacia atrás, abatido por el desánimo.

—Nuestros compañeros conocen lo que te han hecho los humanos, la monstruosidad que han creado, y te juro que nunca en mi larga vida he sentido el odio como hasta ahora. Arriba sólo se respira venganza y yo quiero demostrarles que están equivocados. Muchos están dispuestos a sacrificar las alas y a obligarnos a otros a hacer semejante locura.

»Si conseguimos demostrar que los humanos han aprendido algo en este tiempo, si se liberan, no bajarán. —Hizo una breve pausa—. Orion, necesito que los humanos entiendan qué les ocurrirá si no acaban con su mezquindad de inmediato. Estoy seguro de que entre los dos podremos salvar nuestras alas y las de muchos de nuestros compañeros.

Lior se quitó la joya de la frente para dejarla caer sobre las manos del joven. Por encima de sus cejas quedaron impregnados pequeños cristales, que unidos, formaban media luna creciente y dos estrellas casi acopladas en su arco.

—Con este cristal podrás transmitir un mensaje. Di lo que quieras, la verdad, y lo que puede ocurrir. Quien tome esta lágrima deberá hacer cuanto esté en sus manos por liberarte. Esto es cuanto podemos ofrecerles a los humanos. Esperemos que lo acojan de buen grado y demuestren que la mezquindad sólo forma parte de algunos.

—Ni siquiera sé dónde estoy —replicó Orion—. Ni dónde me llevarán. Sé que con el amanecer el zepelín volverá a surcar los cielos, pero lo único que he oído es 'libertad'. Ignoro si eso podrá ayudar en algo.

—Del mensaje sobre tu situación me encargaré yo y daré las pistas necesarias para que lleguen a ti. Pero Orion, tu cometido es más complicado que el mío —prosiguió en tono serio—. Debes conseguir que el cristal llegue a alguien con la fuerza necesaria para salvarte, para cambiar el modo de vida actual y no ambicionar los secretos que guardamos los de nuestra especie.

Orion asintió.

El ángel sujetó el objeto con las pocas fuerzas que tenía. En sus manos poseía algo mucho más importante que su rescate. Se encontraba

en juego la vida de su gente y también de la humanidad, al menos de los pocos que merecían vivir.

El silencio entre los ángeles duró más de lo previsto y la concentración de Orion se alargó más de lo debido, pero cuando el mensaje estuvo listo, el cristal se elevó.

Lior lo tomó y desincrustó la pequeña piedra circular compuesta en su interior por una luna y estrellas. Lo restante del cristal levitó, surcando el firmamento.

El ángel dejó caer el vidrio sobre las manos de Orion.

—Guárdalo bien. Me servirá para estar conectado contigo, conocer qué te ocurre, qué te hacen, y si las circunstancias empeoran... avisaré a nuestros compañeros y estaremos sentenciados —añadió con gesto serio—. El cristal también te unirá a la otra persona que encuentre la lágrima. Podrás informarla sobre tu situación, aunque estoy seguro de que permanecerás un tiempo en el lugar al que te llevan.

Orion susurró un gracias.

—Sé que has aguantado muchas penurias, pero todo está llegando a su fin. No pierdas la esperanza, pronto volverás a agitar tus alas y te encontrarás con los tuyos.

—Ojalá tengas razón. Las opciones que se me presentan no son muy de mi agrado. Si me liberan, tendré que luchar y estaré condenado al infierno... Sinceramente, Lior, prefiero quedarme tal y como estoy.

—No pierdas la fe, amigo, yo tampoco quiero perder mis alas; les tengo mucho aprecio —añadió, desplegó las alas y tomó entre sus dedos las plumas que se desprendieron. En ese instante fue consciente de la mirada de reproche de Orion—. Lo siento, no lo he hecho con esa intención. Te prometo que voy a hacer cuanto esté en mis manos para que la caída no se produzca, seas libre y vuelvas a casa.

Las divinidades intercambiaron miradas y Lior desapareció en un halo de luz. Al instante, la calma fue sustituida por el despertar de sus opresores. Su jaula no tardó en ser llevada al interior del zepelín y poco más tarde emprendieron el vuelo.

Ese día fue distinto para Orion. Por una parte la esperanza lo colmaba debido a la visita de Lior, pero ahora que conocía la deliberación que se estaba llevando a cabo, la preocupación lo consumía. Admitía que muchos de sus secuestradores merecían la muerte, y se arrepentía de sus pensamientos. Pero también aceptaba que muchos habían



Caídos del cielo



sufrido a manos de esos hombres, como los esclavos que se ocupaban del mantenimiento de la nave. Sin embargo, todos sus pensamientos se disiparon al oír las exclamaciones de los prisioneros. Cuando alzó la vista contempló su nuevo destino: la ciudad donde un día sus edificaciones acariciaron el cielo.

Un lugar amplio, desastroso, envuelto por una aureola de oscuridad. Mientras la mirada de Orion se perdía en las castigadas tierras de la gran metrópolis, rogaba porque su salvador o salvadora pudiera llegar hasta él.